

## CAPÍTULO XVII

### “¡SON COSAS DE LLORAR!”

Por fortuna, los demás gobiernos de las provincias y esos caudillos a quienes San Martín hubiera querido mantener quietos en 1819 y 1820, dábanle sinceros testimonios de adhesión en 1823, como se los habían dado en el año anterior. Manuel de Olazábal nos cuenta que, hallándose un día en Mendoza con San Martín (octubre de 1823), el correísta Guevara, que llegaba de Buenos Aires, puso en manos del general una comunicación del gobernador de Santa Fe, que le había sido entregada especialmente por un oficial santafecino en la posta de la Candelaria. “Al día siguiente, cuando Olazábal entró, San Martín le dio un papel y le dijo: –¡Lea Usted!... –Olazábal resistíase a creer lo que leía. López, después de muchas expresiones de admiración y respeto, decía así: –Sé de una manera positiva, por mis agentes en Buenos Aires, que a la llegada de V.E. a aquella capital, será mandado juzgar por el gobierno en un consejo de guerra de oficiales generales, por haber desobedecido sus órdenes en 1819, haciendo la gloriosa campaña a Chile, no invadir a Santa Fe, y la expedición libertadora del Perú. Para evitar este escándalo inaudito, y en manifestación de mi gratitud y del pueblo que presido, por haberse negado V.E. tan patrióticamente en 1820 a concurrir a derramar sangre de hermanos, con los cuerpos del ejército de los Andes que se hallaban en la provincia de Cuyo, siento el honor de asegurar a V.E. que, a su solo aviso, estaré con la provincia en masa a esperar a V.E. en el Desmochado, para llevarlo en triunfo hasta la plaza de la Victoria.

“Si V.E. no aceptase esto, fácil me será hacerlo conducir con toda seguridad por Entre Ríos, hasta Montevideo, etcétera.

“Al devolverla la comunicación –agrega Olazábal– vio su rostro completamente demudado, y aquella voz de trueno que se oyó siempre victoriosa en los campos de batalla, desfallecida. En seguida, San Martín dijo: –No puedo creer tal proceder en el gran pueblo de Buenos Aires. Iré pero iré solo, como he cruzado el Pacífico, y estoy entre mis mendocinos.”

Es de recordar que en los primeros años de 1822, en momentos apurados para el general San Martín cuando, decidido a entrevistarse con Bolívar, necesitaba pronta y eficaz ayuda, se acordó él de las provincias argentinas, ya autónomas, y de sus gobernadores, para pedirles auxilios.

Sabremos por lo pronto que nombró a Bustos jefe de la futura expedición, que éste tomó la iniciativa para correr en ayuda de San Martín, que lo secundó Estanislao López y otros gobernadores y que se opuso a la expedición, negando los fondos necesarios el gobierno de Martín Rodríguez. El comisionado de San Martín fue don Antonio Fernández de la Puente. En aquella época (mediados en 1822), Bustos escribió a López: “Ya habrá usted recibido comunicaciones del Protector del Perú y por ellas sabrá el destino a que nuevamente nos llama la Patria. Yo no omito sacrificio por mi parte y el de esta provincia para llevar a cabo la empresa y... aportaré mil hombres armados... contando con los que faciliten los pueblos de Santiago, Tucumán, Salta y los del Perú; mas para esta empresa faltan recursos que es indispensable recabar del gobierno de Buenos Aires...” Estanislao López contestó al

comisionado de San Martín que, si Buenos Aires franqueaba los recursos que había pedido, “podía tener seguro que doscientos o trescientos hombres de caballería escogida... tendrían el... honor de aumentar las filas de los defensores de la causa sagrada”. El gobierno de Buenos Aires negó todo auxilio, comunicó a Bustos y a López que la gestión no era oportuna porque el gobierno de los Estados Unidos reconocería la independencia, que lo mismo se esperaba de la Gran Bretaña y que “los representantes de la Nación Española no se excusaban de patentizar que era necesario entrar por el partido de abrazar la paz”. Poco después, la Junta de Representantes de Buenos Aires autorizaba al P.E. “para negociar la cesación de la guerra del Perú, poniéndose previamente de acuerdo con los pueblos de la antigua unión y con los estados de Chile y Lima”, y lo autorizaba (14 de agosto de 1822) “para gastar en esos objetos hasta la cantidad de \$300.000 por ahora”. López declaró que aquella cantidad se había votado “para el logro de un objeto indecoroso” (así lo comunicó al enviado de San Martín). Y Bustos: “El gobierno (de Buenos Aires) se desentiende... para negociar con el enemigo y el periodista (del *Argos*) ensangrienta su pluma contra mi honor e indirectamente contra el general San Martín”.

A pesar de todo, y del mensaje de López, de que habla Olazábal, San Martín miraba más bien con simpatía al gobierno de Rodríguez e hizo el más cumplido elogio de Rivadavia y de sus iniciativas en carta que escribió desde Mendoza al general Guido. “Usted sabe –le dice a Guido– que Rivadavia no es un amigo mío; a pesar de esto, sólo pícaros consumados no serán capaces de estar satisfechos de su administración, la mejor que se ha conocido en América.”

Un año después, el general tendrá mayor motivo para convencerse de que Rivadavia *no es amigo suyo*, y después será nada devoto del *progresismo* y de ciertas empresas puramente *administrativas*...

Llevaba entretanto en Mendoza la vida de un chacarero. “Había traído de Lima por todo caudal –dice Vicuña Mackenna (y a despecho de los buques repletos de oro de que habla Cochrane)– la suma de ciento veinte onzas españolas; pero tenía en Santiago una chacara, humilde obsequio de la nación, que había vendido a uno de sus compatriotas en veintidós mil pesos. Éste, sin embargo, no pudo pagársela, y aquel fue obligado a recibirla. ‘Estoy viviendo de prestado’, decía confidencialmente al amigo que más amó hasta su última hora el general O’Higgins, caído ahora como él en el abismo. Y luego añade con amarga ironía: ‘Es bien singular lo que me sucede, y sin duda pasará a usted lo mismo; es decir, están persuadidos que hemos robado a troche y moche, así es que se me ha presentado Hilarión de la Quintana (su tío político), llorándome miserias y que lo habilite’. Y en otro acápite de la misma carta volvía a decir: ‘Quedo enterado, quedan en poder de Solar los cortos reales que nos han quedado. ¡Ah, pícaros! Si supieran nuestra situación, algo más tendrían que admirarnos...’”

Tenía en Mendoza también una chacra, la de Los Barriales, cerca de la ciudad, adonde fue a vivir una vez que dejó su alojamiento en casa de doña Josefa Huidobro. Iba con frecuencia a la misma ciudad, donde lo conoció el inglés Roberto Proctor: “Tuve oportunidad de verlo mucho –dice Proctor–. Ciertamente nunca contemplé facciones más animadas, particularmente cuando conversaba de acontecimientos del pasado; y aunque se felicitaba de su retiro en Mendoza, imaginé ver la inquietud del espíritu en su mirada y que solamente esperaba oportunidad propicia para volver a salir con su acostumbrada energía. Llevaba vida muy

tranquila, residiendo habitualmente en una propiedad suya a ocho leguas de la ciudad, que estaba mejorando rápidamente. Parecía muy apegado a Mendoza como los habitantes lo eran a él y, sin duda como este lugar fue el punto donde comenzó su brillante carrera, érale el más querido. Por la tarde, con frecuencia venía a nuestras reuniones y nos divertía mucho con cantidad de anécdotas que tenía manera fácil de narrar, animada por su rostro fuertemente expresivo.”

Del Perú solían llegarle mensajes como éste, firmado por los hombres de más lustre y valimiento: “Hay ciertos hombres elegidos por el destino cuyos nombres pertenecen a la historia, y cuya existencia, consagrada a la felicidad de los pueblos, está reclamada por ellos, principalmente cuando éstos caen en la desgracia... El Perú que acaba de sufrir una dispersión en el ejército que había nacido en su mano y hacía su principal fuerza, hoy reclama el regreso del fundador de su libertad... Vuelva entre nosotros; su presencia destruirá la esperanza de todo ambicioso y hará desvanecer todos los partidos. El pueblo volverá con entusiasmo a ver al Héroe que ha roto sus cadenas... Nos unimos para exprimir los votos del pueblo como los del ejército, los del Presidente de la República como los del último ciudadano...”.

Ya era demasiado tarde...

En agosto, para colmo de sus males, falleció en Buenos Aires su “esposa y amiga”, doña Remedios Escalada, y falleció en hora en que, como nunca, necesitaba él de su afecto, en momentos de echar el ancla para gozar de la paz y el sosiego que apetecía. Quedábale su hija pequeña y decidió ir a buscarla para ausentarse, si fuera posible, del país. Había dejado en poder de doña Josefa Ruiz Huidobro –doña Josefa Ruiz, como él le decía– su equipaje y sus papeles, y a don Pedro Advíncula Moyano su chacra y su molino. Tres días antes de partir, dejó por escrito algunos encargos a don Pedro Molina, gobernador de Mendoza, pero lo hizo al amigo y en carácter particular. El papel en que los escribió está así concebido: “Noviembre 17 de 1823. Encargos que hace el que subscribe a su amigo el señor don Pedro Molina: Entregaré a la señora de Ruiz cincuenta pesos mensuales y tres a su criada Tránsito. Si por un acontecimiento desgraciado, falleciese doña Josefa Ruiz o don Pedro Advíncula Moyano, le suplico se encargue del equipaje y papeles que dejo en poder de esta señora y de mi chacara, molino y demás que están a cargo de Moyano”.

Todo parece demostrar que el prócer pensaba en volver a Mendoza, porque añade a esos encargos: “Si se presenta la ocasión de comprar el terreno que está enfrente de mi sitio en la Alameda, a un precio cómodo, como el que está al lado de otro sitio perteneciente a Santander, lo verificaré pidiendo al efecto su importe a don Miguel Riglos, del comercio de Buenos Aires. La asignación correrá desde el 1º de diciembre. J. de San Martín”.

Y el día 20, liados sus petates, salió para Buenos Aires, adonde llegó en los primeros días de diciembre. Mucha indiferencia hubo para con él y sobre todo indiferencia “oficial”... Él no miraría mal todo aquello, dado su carácter retraído y austero... Arreglados sus asuntos, decidió partir para Europa llevándose a su hijita, que había quedado en casa de sus abuelos. Hizo colocar una lápida en el sepulcro de su mujer, y en los tres meses que permaneció en Buenos Aires apenas pudo advertirse su presencia. En un comunicado de monseñor Muzi, primer delegado pontificio que vino a la América española y que desembarcó en Buenos Aires con destino a Chile, se lee lo siguiente: “Esta mañana (9 de enero de 1824) el general San Martín

me ha favorecido con su visita, dándome las mayores muestras de cortesía. Marcha cuanto antes para Inglaterra e Italia donde piensa detenerse cerca de dos años”.

Cumplido y cortés, hacía también visitas amistosas. El 1º de enero de 1824, llegó a Buenos Aires desde el Perú el coronel Juan Lavalle, oficial formado en el ejército de los Andes. Ese mismo día o al siguiente se presentó en casa de Lavalle el general San Martín. ¿Y cómo agradeció el recién llegado aquella visita? Nos lo dirá el mismo Lavalle en carta dirigida a Enrique Martínez el día 3: “¿Qué le diré a usted del ex Rey José?... Luego que llegué me visitó vestido de negro. Cuando le pagué la visita al ex Rey José, ¿qué conversación? Habló pestes del Perú. Aquí está muy desopinado, ¿pero quiere usted reírse? [Viene aquí una imputación calumniosa digna de Cochrane.] Con este motivo se va dentro de algunos días a Inglaterra con el pretexto de poner a su hijita en el colegio... ¡qué tal!...”

La carta de Lavalle a Martínez fue interceptada por los españoles del Perú y publicada.

El 22 de enero de ese mismo año, Guido le escribió desde Lima: “Por los últimos periódicos de Buenos Aires, he sabido el arribo de usted a esa capital. Presumo que en ese semillero de intrigas podrá usted sentir algunos malos ratos; pero, por otra parte, la intermediación de usted podrá contribuir mucho a disipar errores sobre los acontecimientos de más trascendencia al interés de esta parte de América”.

Por desgracia, no fue así... El semillero de intrigas existía, y San Martín no pudo contribuir a disipar los errores. Se ha dicho que la familia de Escalada se resistió a entregar a la pequeña, encariñada entonces, como era natural, con los abuelos, a quienes prefería porque el padre le era físicamente desconocido. Todo es posible. Sin embargo hay una carta de don Antonio de Escalada a San Martín (noviembre de 1820) en que le dice: “Hijo mío muy amado y que tanto esplendor das a mi casa, a pesar de tantos enemigos envidiosos que aquí tienes... Como en la inclusa te hablará Remedios de nuestro Chiche... remato con que ésta la lleva Mr. Basil Hall, capitán de fragata inglesa de guerra *Conway*, que nos ha visitado y quiere tener el gusto de decirte habernos visto... Tu cordial padre...”

El 7 de febrero, Rivadavia le otorgó pasaporte, facultándolo para ausentarse del país sin limitación de tiempo, y el día 10, San Martín embarcóse en el navío francés *Le Bayonnais* con destino a El Havre. El gobierno de Luis XVIII tenía la obsesión del republicanismo... y no pudo pasar inadvertido para las autoridades aquel extranjero, generalísimo del Perú, capitán general de Chile y oficial de las Provincias Unidas, que, si bien decía estar de paso para Londres, traía en sus maletas diarios e impresos que podían comprometerlo... Quedó arreglado que el viajero partiría el 4 de mayo para Londres, pero asimismo, el gobierno francés creyó de su deber informar de lo ocurrido a la cancillería española, con carácter confidencial, en esta forma: “Señor conde: Tengo el honor de anunciar a V.E. que don José de San Martín ha llegado el 23 de este mes (abril) a El Havre y a bordo del navío francés *Le Bayonnais*, procedente del Río de la Plata. Este extranjero, edad de 45 años, nacido en las misiones del Paraguay y que se dice domiciliado en Mendoza, traía un pasaporte expedido en Buenos Aires el 31 de enero último en el cual no se le da ningún título; pero a su llegada al Reino, ha tomado los de generalísimo del Perú, capitán general de la República de Chile y general de las Provincias Unidas de América. Tenía entre sus efectos gran número de periódicos y folletos en lengua española, todos impregnados del republicanismo más exaltado. El señor San Martín debe embarcarse

inmediatamente para Inglaterra y creo deber dar aviso a V.E. del viaje de este individuo, que ha desempeñado un papel tan destacado en la rebelión de la América meridional, rebelión de la que ha sido uno de los primeros jefes y más ardientes propagandistas. Su misión en Inglaterra en las circunstancias actuales tiene que hacer sin duda con intrigas políticas y creo que merece particular atención”.

Fácil hubiera sido al general ocultar sus títulos, puesto que el mismo pasaporte no los contenía, pero ahora estaba en Europa, la independencia de América no había sido reconocida, y en tales circunstancias, él tenía a orgullo decirse generalísimo del Perú, capitán general de Chile y general de las Provincias Unidas. Otros hubieran guardado la modestia precisamente para esa ocasión.

Hemos citado una carta de Guido en que decía desde Lima: “Presumo que en ese semillero de intrigas (Buenos Aires) podría usted pasar algunos malos ratos”. Los pasó sin duda, ya en Europa, el Libertador. “Nadie tira piedras a un árbol sin frutos”... El árbol cargado de frutos recibió otra piedra, mayor que ninguna, arrojada con honda, desde lejos, y el hondero escondió la mano al parecer. Cuando San Martín estuvo en Buenos Aires preparando su traslado a Europa, tenía viaje proyectado con el mismo destino don Bernardino Rivadavia, ex ministro provincial de Martín Rodríguez que ahora terminaba su mandato de gobernador, y el exministro tuvo la mala idea de acercarse al cónsul inglés Woodbine Parish para decirle, “en carácter absolutamente confidencial y para ser transmitido a su gobierno”, lo siguiente: “Aunque San Martín había manifestado el mayor desinterés personal cuando sus fuerzas tomaron Lima, no vaciló en ponerse de inmediato al frente del nuevo gobierno con el título de Protector del Perú. Parece existir poca duda (sigue hablando Rivadavia al oído de Parish) de que el gran objeto de su ambición era mantenerse en esa situación; en esto, sin embargo, no vio realizados sus deseos y su propia conducta arbitraria hizo que bien pronto surgiera una fracción en su contra, tan fuerte y violenta, que se vio obligado a renunciar el protectorado y a abandonar apresuradamente esa parte de la América del Sur”. Además, el gobierno inglés debe estar prevenido porque San Martín se halla empeñado en implantar una dinastía en América “con un príncipe de sangre real, quizá de la familia española”.

San Martín salió del Havre para Southampton en el paquete Lady Wellington el 4 de mayo y pasó en seguida para Londres, donde ese mismo año se vio con don Bernardino Rivadavia. ¿Conoció San Martín el despacho de Parish a Canning con las confidencias de don Bernardino? Lo cierto es que estuvo con él en Londres y algo grave debió de ocurrir, que ignora la historia, entre estos dos hombres, porque Rivadavia escribió a don Manuel García: “Con respecto a este señor [el general San Martín] guardaré el decoro que se deben todos los hombres públicos y que me debo a mí mismo; pero por lo que he visto y sentido con tanto dolor en dos conversaciones que tuve con él y en que me esforcé inútilmente en hacerlo entrar en razón, es de mi deber decir a ustedes, para su gobierno, que es un gran bien para ese país que dicho general esté lejos de él”.

Por esos mismos días escribía Guido desde el Perú: “Ha llegado Álvarez Condarco desde Inglaterra. Me ha hablado largamente de don José [el general San Martín]. Los sucesos desgraciados del Perú en el año anterior lo afectaron extraordinariamente. Trabajó porque vinieran dos fragatas de guerra en auxilio del general Bolívar y no se verificó por falta de

instrucciones del ministro de Colombia. No se sabe cuándo volverá a América a pesar de que, según Condarco, la memoria de este país es un tormento perpetuo para el general San Martín”.

No se conocían todavía las victorias de Junín y Ayacucho.

A fines de 1824, San Martín, que había viajado por Inglaterra mientras mantenía a su pequeña en un pensionado, se dirigió al reino de los Países Bajos y estableció su residencia en Bruselas, siempre acompañado de su hija, cuya educación deseaba completar. “Desde fines del año pasado –escribió a O`Higgins en febrero de 1825 desde Bruselas– me he establecido en ésta. Lo barato del país y la libertad que se disfruta me han decidido a fijar mi residencia aquí, hasta que finalice la educación de la niña, que regresaré a América para meterme a concluir mis días en mi Chácara y separado de todo lo que sea cargo público y si es posible de la sociedad de los hombres. Aguardo por momentos los resultados de la campaña del Perú. Quiera la suerte ser favorable para terminar los males de América.”

“Sus votos –dice Vicuña Mackenna– fueron siempre por el suelo americano y jamás la gloria de Bolívar, su rival más feliz, le arrancó una expresión de envidia ni censura y antes, al contrario, mil votos de aplauso y entusiasmo.

Durante tres años habitó en Bruselas con la modesta vida de un viejo soldado retirado a sus cuarteles. El general Miller, que lo visitó entonces y lo trató con la intimidad que San Martín permitía sólo a sus camaradas, nos ha referido que la existencia de aquel ilustre americano no podía ser más sencilla ni más austera. Su hija estaba en una pensión y él mismo, que vivía en un lejano arrabal, se veía obligado a andar a pie todos los días más de una milla para comer a la mesa redonda de un café al que estaba abonado. Y esto sucedía en los momentos en que Bolívar, vencedor de Ayacucho, rechazaba al Perú el don de un millón de pesos que le había decretado para pagarle lo único que no se compra con oro, la gloria.”

Esa vida suya de Bruselas ha sido descrita por él mismo en una de sus cartas al general Guido: “Vivo en una casita de campo, tres cuadras de la ciudad, en compañía de mi hermano Justo; ocupo mis mañanas en la cultura de un pequeño jardín y en mi taller de carpintería; por las tardes salgo a paseo y las noches en la lectura de algunos libros. Usted dirá que soy feliz. Sí, amigo mío, verdaderamente lo soy. A pesar de esto ¿creerá usted si le aseguro que mi alma encuentra un vacío que existe en la misma felicidad? ¿Sabe usted cuál es? El de no estar en Mendoza. En cuanto a mis planes futuros son los siguientes: Dentro de dos años, tiempo que creo necesario para afirmar la educación de mi hija, pienso con ella ponerme en marcha para Buenos Aires. Si me dejan tranquilo y gozar de la vida, sentaré mi cuartel general un año en la costa del Paraná, porque me gusta mucho, y otro en Mendoza, hasta que la edad me prive de viajar... Usted sabe que en cualquier parte en que me halle, una habitación y un puchero serían partidos con usted con el mayor placer; sívale de gobierno”...

Hasta su retiro de Bruselas fue a presentarle sus respetos el coronel peruano Juan Manuel Iturregui, y las declaraciones formuladas por el prócer sobre las causas que lo decidieron a salir del Perú son tan exactas y categóricas que en nada desdican de todo cuanto dejó escrito a ese respecto: “Hablándole de la misión que se me había dado para procurar su regreso al Perú –dice Iturregui– y sobre las comunicaciones que le había dirigido desde Mendoza, me indicó

haberlas recibido en Europa y me manifestó una fuerte animosidad contra el señor Riva Agüero, a quien consideraba autor del movimiento tumultuario de la población de Lima para deponer al ministro Monteagudo, exponiéndome al mismo tiempo lo siguiente: –Que jamás había temido, ni por un instante, que pudiese fracasar la independencia del Perú, una vez proclamada y estando sostenida por la opinión pública y por un ejército, aparte de las innumerables partidas de guerrillas que el odio a los españoles había creado en todos los ángulos de su territorio; que, no obstante, había creído justo y conveniente entrar en un acuerdo de unión y amistad con el general Bolívar, así por la identidad de la misión de ambos en Sudamérica, como para que aquel general auxiliase al Perú con parte de su ejército y se pusiese un término más corto a la guerra con los españoles, del mismo modo que el Perú había auxiliado a Colombia en la batalla de Pichincha, con cuyo objeto había procurado la entrevista que tuvo lugar en Guayaquil; que, desde luego, había encontrado en este general las mejores disposiciones para unir sus fuerzas a las del Perú contra el enemigo común, pero que al mismo tiempo le había dejado ver muy claramente un plan ya formado y decidido de pasar personalmente al Perú y de intervenir en jefe, tanto en la dirección de la guerra como en la de su política; que no permitiéndole su honor asentir a la realización de este plan, era visto que de su permanencia en el Perú debía haber resultado un choque con el general Bolívar (cuya capacidad militar y recursos para terminar pronto la guerra eran incontestables) y además el fraccionamiento en partidos, del Perú, como sucede siempre en casos semejantes, y conociendo las inmensas ventajas que todo esto debería dar a los españoles, se había decidido a separarse del teatro de los acontecimientos, dejando que el general Bolívar, sin contradicción ninguna, reuniese sus fuerzas a las del Perú y concluyese la guerra; que al tomar esta determinación había conocido muy bien que su separación del Perú le haría perder la gloria de concluir la obra que había no sólo planteado sino conducido, venciendo inmensas dificultades, hasta muy cerca de su término, exponiéndose al mismo tiempo a las glosas detractoras de la emulación y la maledicencia; pero que se penetró de que era un deber suyo hacer este nuevo aunque grande sacrificio, ante las aras de la causa de América, a que había consagrado su vida”.

Le llegaron también noticias de la guerra en que se encontraba su país con el imperio del Brasil, consecuencia directa de que aquella invasión a la Banda Oriental que había sido consentida por los políticos en 1816, con esperanzas de que el mal podría redundar en bien para la patria...

La lógica de los hechos trajo el resultado que era de esperar. Reunidas en congreso las provincias para constituir la nación después del año 20, y con todas probabilidades de hacerlo bajo el sistema federal, la Provincia Oriental, oprimida, se levantó contra su opresor y se declaró provincia argentina. Pidió el amparo del gobierno argentino y naturalmente lo hubo inmediatamente. El emperador declaró la guerra. Por este tiempo, Dorrego trabajó ante algunos diputados del congreso para que fuera llamado el general San Martín a Buenos Aires y cambió cartas con el general. Se trataba de ponerlo al frente de una expedición sobre la Banda Oriental y así lo escribía Ignacio Núñez a Rivadavia (enero de 1825).

Pero, en mala hora, el mismo Rivadavia, que tenía entre manos en Londres un negocio de minas, llegó al país a fines de 1825, fue elegido Presidente a los muy pocos meses con la protesta de las provincias, y esa elección trajo, entre otras consecuencias no menos

perjudiciales, la de privar a los argentinos de un gran jefe militar que, con su autoridad moral indiscutida y su genio guerrero, hubiera llevado la victoria hasta el final, recuperando para la comunidad argentina la provincia usurpada.

Apenas producida la renuncia de Rivadavia el año 27, fue elegido presidente don Vicente López y Planes, y todos pensaron, como el nuevo presidente, en San Martín. Guido le escribió: “Si creyese que usted había abandonado esa filosofía estoica que lo alejó del teatro de su fama, le diría que la fortuna le abre a usted un nuevo camino para aumentar sus glorias tomando a su cargo la guerra contra el imperio del Brasil... La opinión pública marcaba a usted como al único capaz de llevar con suceso las armas al corazón del imperio. Éste era y es también el voto de nuestros militares”. Lástima que los hechos marcharan con más rapidez que los barcos de vela que atravesaban el océano...

En diciembre de 1827, San Martín escribe a don Vicente López: “Ofrezco mis servicios en la injusta aunque impolítica guerra en que se halla empeñada nuestra patria”. Y el 21 de noviembre de 1828 se embarca en el paquete *The Countess of Chichester* para Río de Janeiro, en donde tomaría otro barco para Buenos Aires. Sacó pasaporte bajo el nombre de José Matorras, su apellido materno, no por cábalas ni supersticiones sino porque su nombre era muy conocido en toda América, incluso en la capital del país entonces enemigo, adonde él se dirigía... En enero de 1829 llegó Río de Janeiro. Se embarcó enseguida para el Río de la Plata. ¡Cuántas cosas habían pasado ya en Buenos Aires! Don Vicente López y Planes había renunciado a la presidencia... estaba restaurada la autonomía provincial de Buenos Aires, Manuel Dorrego elegido gobernador y firmada la paz con el Imperio (previa independencia de la Banda Oriental, como Rivadavia le había prometido a Canning); y... para remate de todo... (¡desdichada patria!), una división del ejército argentino sublevada al mando de Lavalle, había fusilado “por orden” del jefe al gobernador legal de Buenos Aires...

Un caudillo de la Banda Oriental, que no se distinguía por su ilustración y escribía con dificultad, Fructuoso Rivera, resumió sin embargo, con su pluma este estado de cosas en forma lapidaria: “¡Son cosas de llorar!”. ¡Cuánto hubo de llorar la patria semejante extravío!

## AGENDA DE LECTURAS

El pedido de San Martín a los gobernadores de provincia, las cartas de Bustos y López sobre posible ayuda a San Martín y la carta de López pueden verse en *Estanislao López*, etcétera, por José Luis Busaniche. En *Historia del Perú independiente* de Paz Soldán está el *Diario* de Gutiérrez de la Fuente y otros documentos sobre este asunto. La carta de San Martín a Guido sobre Rivadavia, en Ricardo Piccirilli, *Rivadavia y su tiempo*. La carta de San Martín a O`Higgins, en Vicuña Mackenna, op. cit. La silueta de San Martín por Proctor en el libro *Narraciones de viaje por la cordillera de los Andes y residencia en Lima*, traducción y prólogo de Carlos A. Aldao, edición de La Cultura Argentina.

Los encargos a don Pedro Molina se publican ahora por primera vez. (Documento inédito de colección particular). La carta de Lavalle a Enrique Martínez en la *Revista Nacional* (Buenos Aires). La carta de Escalada a San Martín, en *San Martín: Su correspondencia*. La comunicación



confidencial del gobierno francés al ministro español sobre la llegada de San Martín al Havre se halla, en francés, en Otero, op. cit. La carta del cónsul Woodbine Parish a Canning sobre lo que le dijo Rivadavia a propósito de San Martín la encontrará el lector en la obra de C. K. Webster, *Gran Bretaña y la Independencia de la América Latina*. La carta de Rivadavia a Manuel José García, sobre San Martín, desde Londres, en la revista *Estudios*, tomo VIII. Las cartas de San Martín desde Bruselas, en Otero, op. cit. Las declaraciones de Iturregui, en *San Martín visto por sus contemporáneos*. La carta de Núñez a Rivadavia sobre Dorrego y San Martín, en Ricardo Piccirilli, op. cit. La frase de Fructuoso Rivera, *Son cosas de llorar*, en Alberto Palomeque, y la campaña de *El general Rivera y la campaña de Misiones*.

José Luis Busaniche. *San Martín vivo*. Cap. XVII. pp. 197-212. 2ª ed. Buenos Aires: Emecé, 2000.